

## ENSAYOS LIBERALES



Warren Buffett y Bill Gates, grandes filántropos. / Bloomberg News

## El impulso filantrópico



Tom Burns

Se me ocurren varias razones por las cuales una persona que desde la nada ha acumulado un gran fortuna decida, ya con el sol a la espalda, donarlo prácticamente todo a los necesitados. Para quienes creen en el más allá, el deseo de incrementar las posibilidades de ir, algún día, al cielo es, sin duda, una de ellas. También está el muy comprensible anhelo de ganar algo de inmortalidad terrenal y de ser recordado como benefactor de la humanidad y no como un ave de rapiña. Otra razón, que entiendo perfectamente, es asegurarse de que el Gobierno de turno, a través del fisco, no malgaste lo que fue ganado con riesgo y con mucho esfuerzo. Una más es evitar que los hijos vivan de las rentas como holgazanes o cosas peores: con una buena educación y la entrada a una vivienda digna se les ha dado más que suficiente. Todas ellas son razones poderosas en la sociedad americana que es religiosa, que mira por la reputación, que sabiamente desconfía de los políticos y que admira al *self made man* y premia al emprendedor.

Sin embargo, creo que lo que les ha movido a Bill Gates y a Warren Buffett a entrar por la puerta grande de la filantropía se atiene al buen canon del liberalismo clásico. Partiendo de una conciencia humanitaria que les honra, están convencidos de que es la iniciativa privada quien puede hacer más por los parias de la tierra. Hace pocos días, Gates anunció que había decidido donar toda su fortuna, que es la mayor del mundo, a la fundación que lleva su nombre y la de su mujer, Melinda, y Buffett dijo que ponía la suya, que es la segunda del mundo, en el mismo cofre que ha creado el dueño de Microsoft. Me gustó, de una manera particular, que para reunirse con Bill y Melinda Gates y anunciar su decisión, Buffett eligió como escenario la New York Public Library, la grandiosa institución de la Quinta Avenida, entre las calles 40 y 42, que llena de legítimo orgullo a los habitantes de la isla de Manhattan.

El origen de la New York Public Library fue una biblioteca dotada con fondos de 400.000 dólares que en 1849 donó a la ciudad John Jacob Astor, hijo de un carnicero alemán que llegó a Nueva York con 21 años, abrió una peletería y se convirtió en el primer millonario de Estados Unidos; la configuración actual de la biblioteca central y de sus 80 filiales repartidas por los barrios de Nueva York se debe a las sucesivas donaciones, por un total de más de cinco millones de dólares, de Andrew Carnegie,

un inmigrante escocés que llegó a Pittsburg a los 13 años con su familia en 1859, comenzó trabajando en una fábrica de tejidos y acabó como el amo del acero americano. Carnegie, que patrocinó escuelas y centros de investigación, becas e intercambios, además de bibliotecas, se deshizo de casi toda la fortuna en los últimos años de su vida, y a su muerte, en 1919, donó lo que quedaba de ella. Hasta la llegada de Gates y de Buffett, el impulso benéfico de Carnegie solo había sido igualado por el de John D. Rockefeller, el dueño del petróleo americano.

Demos por hecho que la filantropía está en los genes de todo, o casi todo, poderoso norteamericano. Y también que la iniciativa privada puede enfrentarse a retos, por ejemplo, la malaria y el sida en África y en la India, que son los que ha asumido el matrimonio Gates, con mucha más decisión que la que suelen demostrar gobiernos locales y organismos internacionales. Lo que me interesa es la aplicación de criterios de rentabilidad y de eficacia que caracteriza la obra a la cual se ha lanzado el tandem Gates-Buffett. De entrada, Buffett ha decidido canalizar su ambición en el campo humanitario a través de la fundación existente de Gates en lugar de crear la suya propia. Esta consolidación, que demuestra el legendario sentido común de Buffett, tiene como condición un sustancioso aumento de actividad: la Bill and Melinda Gates Foundation deberá doblar dentro de dos años su actual inversión anual -unos 1.400 millones de dólares- en actuaciones filantrópicas.

Puede que lo más destacado de la fundación de Gates sea su cultura pro-activa. No cuelga el cartel de institución benéfica y espera a que se forme una cola de posibles agradecidos. Al contrario, sale en busca de merecedores de sus fondos. La fundación analiza problemas humanitarios, audita ONG que están involucradas en su resolución, apuesta por las que pasan por su rasero empresarial y, si no encuentra ninguna que le convenza, la crea. Esta manera de actuar se ha dado en llamar filantropía estratégica y filantropía de capital riesgo. Según Buffett, hay que emplear el mismo talento para distribuir riqueza que el que se emplea para acumularlo. La razón real por la cual él ha decidido deshacerse de su fortuna, al igual que Gates y que tantos otros multimillonarios americanos, pertenece a su intimidad, pero, sin duda, le agrada demostrar que el capitalismo es el sistema que más ha beneficiado a la humanidad.